

podais retiraros de vuestra escuela en tiempo oportuno, y pasar en descanso y con comodidades la vejez.

Si no teneis la vista bastante penetrante, el oído bastante fino, los movimientos bastante pronto para vigilar con éxito sobre esa multitud de jóvenes aturdidos, tan hábiles para descubrir las imperfecciones de su maestro como deseosos de aprovecharlas; si decae vuestra memoria, si vuestro pecho se fatiga y rinde, si la clase os parece larga, si los niños también se cansan, y, sobre todo, si sentís que languidece en vos esa energía de voluntad que es absolutamente indispensable para trabajar con buen éxito, no esperéis á mas; por mucho amor que conserveis á vuestro ministerio, por necesario que os pueda parecer á vuestra existencia, retiráos.

« Yo me veria entonces, me direis acaso, reducido á vivir con una jubilacion ó renta que no llegaria ni á la mitad de lo que disfruto ahora. »

Á lo cual os responderia yo: « Mas vale sufrir todos los tormentos del mundo que ser un malvado; y vos mereciais este título si, reconociéndoos incapaz de dirigir una escuela, persistierais en tenerla á cargo vuestro. »

¿ Qué ganariais per semejante terquedad? Esa dimision que no habeis querido presentar voluntariamente, os seria impuesta bien pronto, ó si el establecimiento que dirigis no es público, los discípulos se os irian retirando. No podrá menos de notarse el decaimiento de vuestras fuerzas, y el retraso por lo tanto que se experimentaria en la enseñanza. Y no creais que se os mantendrá en vuestra plaza, dejando á los niños bajo vuestra direccion, por reconocimiento á lo que hayais podido hacer. ¿ Con qué derecho se sacrificaría la educacion de los niños, atendiendo á consideraciones personales?

Pero la objecion que habeis hecho se desvanece ante un exámen sério: podeis ver sin temor que se aproxima este término fatal, siempre que os hayais preparado para él por medio de recursos.

Estos recursos son de dos clases :

En primer lugar, un tesoro de afecciones que sean la corona de vuestra vejez. Estad ciertos de que recibireis esta recompensa si habeis llegado á merecerla. Aquellos mismos á quienes animaba contra vos el espíritu de la envidia ó de otras pasiones, os llegarán á hacer justicia. Al fin de vuestra carrera, encontrareis pocos indiferentes, y muchos menos que sean ingratos.

En segundo lugar, los recursos materiales que, gracias á vuestra prevision, y segun os dejo indicado, hayais podido reunir mediante vuestra prevision.

Persuadíos, Anatolio, para llegarlo á conseguir, de que no hay ahorros insignificantes, y de que, gracias al espíritu de prevision y economía, que se concilia perfectamente con la austera práctica de todos los deberes, ninguna escuela, por muy pobre que quiera ser, puede dejar de asegurar á un maestro para los dias de su ancianidad una digna y decorosa independendencia.



## SEGUNDA PARTE.

### LA ESCUELA.

### CAPÍTULO XIX.

#### CELO.—PACIENCIA.

Para que el maestro pueda obtener buenos resultados en la enseñanza, le son indispensables sobre todo dos cualidades: celo y paciencia.

Compónese el celo de dos sentimientos, amor al deber y afición á los niños: el amor al deber constituye el celo activo, vigilante, infatigable; y la afición á los niños le hace cuidadoso, ingenioso, tierno.

El hombre mas instruido, si no tiene celo, no pasará de ser un maestro detestable; permanecerá dentro de él toda su ciencia, sin que á los demás sea transmitida bajo una forma agradable y conveniente; y así se aburrirá enseñando, como aburrirá, por una consecuencia inevitable, á los que haya de enseñar. Abundan tanto los malos hábitos cuando se tiene esta especie de negligencia, como las yerbas nocivas en un campo mal cultivado.

Sucede todo lo contrario cuando hay celo: un hombre poco instruido que posea tan inestimable don, llegará á ser á poca costa un maestro estimable. Enseñará muy



pronto á sus discípulos todo lo que sepa , lo cual , si bien será poco para un maestro, es ya mucho para los niños, y trabajará asiduamente en perfeccionarse y en mejorar su instruccion. Pedirá consejos , procurará ilustrarse escuchando dócilmente á sus compañeros de profesion, y aprovechará todo el tiempo que sus habituales ocupaciones le dejen libre para ampliar sus conocimientos. Llegará finalmente á ser tan hábil como grande su celo, y prestará servicios utilísimos al pueblo que tenga la fortuna de poseerle ; mientras que el hombre instruido, pero sin celo, será considerado como una carga de que nunca será pronto para desembarazarse de ella.

No os entreguéis ciegamente , sin embargo, á vuestro celo ; por muy laudable que sea , ilustradle por un profundo estudio sobre vos mismo : no todos los hombres están llamados á conseguir buen éxito por iguales medios.

El uno, muy impetuoso, no se puede detener en expresar su descontento : va mas allá del fin que se propone , y en lugar de imponer agría los ánimos : quien así sea, debe encerrarse siempre en una reserva fria é impasible.

El otro sabe conservar su dignidad en medio de las mayores emociones : tiene en su modo de mirar y en su voz, animada por una justa indignacion, algo que impone, que subyuga ; hable en tono de autoridad, y se hará obedecer.

Hay tambien algunos cuyas palabras dulces y benévolas infunden á la vez emocion y respeto ; conmuévase al escucharlos el corazon de los niños, y se humedecen de lágrimas sus ojos. Estos hombres, favorecidos del cielo, serán capaces de obtenerlo todo por la exhortacion y el cariño.

En otros, por el contrario, la expresion de una bondad afectuosa tiene algo de vulgar que enajena el respeto ; y no deben tratar de aparecer buenos, sino contentarse con dar pruebas de que son justos.

En una palabra : el celo del maestro debe ilustrarse continuamente por medio de la prudencia y del conocimiento de sí mismo.

El celo, además, debe ir acompañado de paciencia. Estas dos cualidades son indispensables una á otra. El celo sin paciencia no es otra cosa que un ardor temerario; la paciencia sin celo no es digna de este nombre, es una apatía deplorable.

La paciencia, virtud generosa y santa, no consiste como podría creerse en una especie de insensibilidad y resignación, sino en una lucha incesante contra la ignorancia que se quiere desvanecer, contra los defectos que se trata de destruir, contra los obstáculos que se pretende arrollar.

La paciencia exige una continuación de esfuerzos; pero esfuerzos que han de ser interiores, que absolutamente no se hagan ostensibles. Sostiene el alma combates verdaderos, pero el gesto, la cara, la voz permanecen en profunda calma.

Es raro que la paciencia no triunfe de las circunstancias mas rebeldes; es imposible que, sin el socorro de la paciencia, se llegue á este gran resultado, y es sobre todo al maestro á quien se debe aplicar esta verdad. No se concibe mejor á un maestro sin paciencia, que á un sacerdote sin caridad, que á un soldado sin valor.

Este paciente celo es incompatible con un defecto contra el cual, por mucho que yo os diga, no acertaré á preveniros lo bastante: tal es una especie de contemporización ó de lentitud, que se aproxima mucho á la negligencia.

Está uno lleno de buenas intenciones, pero estas intenciones no se ponen en práctica. Tiene excelentes ideas; mas en el estado de ideas permanecen en el espíritu, sin que nunca se lleguen á convertir en esfuerzos ni en actos.

Se disfruta una verdadera complacencia con la agradable perspectiva del bien que se hará, pero siempre se deja para mañana el ponerlo en ejecución. Pasan dias sobre dias, meses sobre meses, y nada se ha hecho.... Aquel medio, cuya eficacia se habia reconocido, no se ha empleado aun; este registro, en el cual debian inscribirse tantas cosas, no se ha principiado ó sólo tiene algunas líneas; el ni-

ño á quién era preciso dedicar, por extraordinario, algunos cuidados particulares, todavía los espera.

Este defecto, á que estan sujetos muchos hombres, estimables por otra parte, es tanto más peligroso cuanto que pasa, por decirlo así, desapercibido. Las faltas originadas por él producen poca inquietud de conciencia; pues van siempre acompañadas de una incesante resolución de repararlas. La buena esperanza que hace de semejante resolución, mantiene al espíritu en una engañosa calma. No se inquieta hoy, por una deuda que al otro día ha de pagar; pero este otro día, por desgracia, tiene un mañana, y el prometido no llega nunca.

Anatolio, si os parece una cosa bien, ¿por qué no lo ejecutais al instante? Es tal vez penosa; ¿pero lo será ménos mañana? Indudablemente que no. Qué digo? tendreis una gran ventaja haciéndolo cuanto antes. La debilidad de carácter con que hoy contemporizais, tendrá mañana sobre vos mayor imperio; puesto que ha obtenido una victoria más sobre vuestras voliciones.

Guardaos, pues, de tan fatal debilidad, y no dejeis nunca para el otro día la ejecución de un buen pensamiento.

## CAPITULO XX.

### EXACTITUD.

Una de las mas seguras pruebas para conocer el celo de que el maestro está animado es la exactitud.

Es exacto un maestro cuando á sí mismo se impone é impone á sus discípulos el cumplimiento de todos sus deberes sin excepcion, efectuado en el tiempo prescrito y en conformidad con las reglas establecidas.

La verdadera exactitud supone necesariamente cuatro

cosas: la preparacion, la puntualidad, la asiduidad y la constancia.

No puedo yo concebir que haya clase bien desempeñada, sin una preparacion, mas ó ménos detenida y concienzuda siempre. Detestad, Anatolio, la presuntuosa negligencia de esos maestros jóvenes cuyo ánimo, acalorado todavía con ideas extrañas á la enseñanza que han de suministrar, se arrojan sin transicion en medio de las dificultades de que está erizada la clase. ¡Ridículo orgullo ó imperdonable ligereza! Preparaos á lo ménos una vez por dia. Recapitulad entre vos mismo los trabajos de la clase precedente, revisad vuestras notas, estudiad lo que habeis de decir, haced con anticipacion todos los preparativos materiales que os puedan economizar el tiempo destinado á la enseñanza de los niños. Un cuarto de hora de preparacion del maestro, vale para los discípulos una hora mas de leccion. Recogeos, sobre todo, algunos instantes dentro de vos mismo, invocad la asistencia divina, no sólo con los labios y repitiendo algunas palabras devotas, sino con el fondo de vuestro corazon, y preparaos animosamente para la energía, para la paciencia y para la bondad.

La puntualidad del maestro no es como la del discípulo. El concurrir éste tarde, sólo es nocivo para él; mas el retardo del maestro es nocivo para todos. El discípulo se halla exento de todo reproche cuando llega á la hora precisa, pero el maestro incurre en falta sino está en la escuela con anticipacion á la hora señalada para entrar.

En efecto: si ordenais vuestro tiempo de tal modo que no llegueis sino al momento fijo de la entrada, os sucederá más de una vez, á pesar vuestro, que llegaréis ya tarde. ¿No hay mil obstáculos imprevistos que os pueden detener? Bien encontraréis en el camino á un padre de familia, á quien tengais necesidad de oír; bien se os puede olvidar algun recado, que os obligue á volver á vuestra casa; bien algunos papeles ó algun libro que os sean indispensables, y que acaso no encontreis á la mano para

dejar de deteneros mucho mas tiempo del que creiais. Arreglaos , pues , de tal modo , que os halléis dispuestos siempre un cuarto de hora ántes del momento prescrito , y así , aun cuando sobrevengan estos pequeños obstáculos , no serán bastantes para que incurrais en falta.

Por otra parte , si teneis el tiempo tasadísimo para ir á la escuela , ó si la hora ha dado yá , os veréis en la necesidad de apresuraros por la calle ; y un hombre que se apresura pierde la gravedad que á vuestra profesion es conveniente. Si encontrais a alguno , tendréis que pasar por descortés , tratando de ser exacto. Y casi siempre , al llegar á la escuela , estaréis de mal humor contra vos mismo ó contra los demás , disposicion de espíritu peligrosa para dar principio á una clase.

Todos estos inconvenientes quedarian orillados , sí como es ordinario , se hallara vuestra habitacion en el mismo edificio que la escuela. Pero no ha dejado de notarse muchas veces que los maestros mas cercanos á su clase , son tambien los que mas tardan en llegar á ella : como su espíritu no está inquieto por la distancia , no piensan en la hora sino cuando la oyen sonar.

Procurad que no haya sobre este punto nada que criticar ni reprender. No os permitais tampoco , como algunos malos maestros , ausentaros de vuestra clase , dejándola al cuidado del ayudante ó de algun niño. Semejante abuso , es por fortuna poco comun. Casi siempre que el maestro le comete , recibe á su vuelta quejas ó no halla sino desórdenes y confusion. Irrítase entonces y castiga ; pero , á decir verdad , no hay otro culpable allí sino el maestro. No hubieran los niños faltado á sus deberes , si él hubiese cumplido con el suyo.

Tiénese en la Universidad como regla sagrada é inviolable no dejar solos á los discípulos. Los maestros de primera enseñanza deben tambien seguirla. No hay motivo alguno que pueda autorizar una ausencia mayor de cinco minutos.